

El íntimo decoro: ¿Qué té traes con Ramón López Velarde?

GERMÁN DEHESA

Nada. Realmente no me traigo nada. Lo que me sucede es que, a mí, en situaciones normales, me suelen faltar las palabras. Eso que los oradores pueblerinos utilizan como lugar común: "no tengo palabras..." Me ocurre a mí frente a hechos tan elementales como la primavera, el cáncer, una caricia, o una agresión. Me quedo sin palabras y me conformo con ponerle letreros ineptos al silencio. Si esto me sucede en situaciones normales; ya te podrás imaginar, inquieto lector, lo que me está pasando frente a la dramática (y ahí te voy otra vez con López Velarde) novedad de la patria. Todavía es la hora en que ni cierro la boca, ni de ella sale ninguna oración más o menos articulada. Dichosos los que ya entendieron, o creen entender. Felices aquellos mexicanos que creen que nada ha cambiado y que todo fue un temblorcillo pasajero. Yo creo que no. Yo espero que no; pero no tengo mucho que decir. En tan postradas circunstancias yo voy a los poetas, como las señoras van a la despensa en busca de un tentempié. Yo no sé a las señoras, pero a mí no me falla. Algo encuentro siempre. En este caso, me encontré lo del "íntimo decoro" y estoy contentísimo con mi hallazgo. Paso a explicarme ("más te vale" dirá el lector que está a punto de arrojar la revista. Tranquilo, contesto yo, allí voy. No seas pelado, ni impaciente). Pues allí tienen que hace unas semanas, Alejandro Aura me invitó a participar en una serie de mesas redondas que se anunciaron bajo el título, muy feliz en mi opinión, de "El chiste de la democracia". Yo, que soy más pronto que un Alka-Seltzer, respondí que por supuesto, que contara conmigo, que para eso son los cuates y todas las insensateces que suelen decirse cuando se esmera uno en su propia aniquilación. Todo esto sucedía exactamente entre el estallido de Chiapas y el asesinato de Colosio. Es decir, eran los tiempos en los que todo el mundo miraba rumbo a Camacho y, por ahí en las páginas interiores de su atención, comentaban que Colosio era un candidato muy deslucido, que en sus palabras no había compromiso y que la campaña era un desastre (¿quién la habrá dirigido?). Ya había ocurrido el inefable desayuno en Los Pinos en el que se sirvieron bolas benedictine, bolas rancheras y bolas motuleñas. Yo percibía en el ambiente ansiedad manifiesta pero también una secreta alegría. Según mis muy rudimentarias antenas, la alegría de la gente podía atribuirse al hecho de que, quizá no por los mejores caminos, pero nos estábamos acercando a la democracia; al vivificante y liberador chiste de la democracia. Tal sospecha se confumó el día de a mesa redonda. "El hijo del Cuervo" resultó insuficiente para todos los que querían entrar y participar: jóvenes, señoras, hombres, ancianos, gente pobre, gen te acomodada; había de todo. En el escenario (por orden de aparición) estábamos Enrique Calderón Alzati, director de la fundación Roscnblueth y mexicano de primera María Victoria Llamas que es una inmersísima (¿oshkae?) y Germán Dehesa que llegó tarde quince minutos y recibió en compensación unas cuantas mentadas cariñosas y democráticas. Lo bueno es que mi madre en su santa gloria ya está impuesta. Habló primero Enrique Calderón que planteó con seriedad y claridad los retos que le esperan a la democracia en México. Habló luego Mariví Llamas y leyó un texto tan inteligente, tan agudo, tan bien humorado que merece la publicación con disco adjunto, porque han de saber que la admirable loca decidió ilustrar con fragmentos de bolero sus penetrantes opiniones sobre la democrática materia. Por fin me tocó hablar a mí. Mientras Mariví recibía una larga y justificadísima ovación, yo trataba de ordenar mis pensamientos (no te rías, méndigo lector. El que se ríe, se lleva). Yo llevaba una semana piense y piense (te estoy viendo, lector)) y lo único que traía en claro era un verso de un poeta Ramón López Velarde, que creyó en la democracia; no en balde fue co-redactor del Plan San Luis y gente de Madero. El versito anda por ahí perdido en el arranque de la "Suave Patria" y dice "el íntimo decoro". Bueno, pues ahí está. Para mí, más allá de la sociología de la historia de las ideas, de la ciencia política la democracia es un íntimo decoro. Ese es su chiste.

A ver, explícame

A eso voy. A eso fui. Tengo para mí que los mexicanos nun-ca hemos sido democráticos. No tenemos asideros para serlo. Descendemos de culturas a cual más autoritarias, teocráticas, caudillistas, patrimonialistas, represivas, ventajosas y gandallas. Sí suponemos que México alguna vez fue democrata y que luego llegó Don Plutarco y su escuadrón del ritmo y secuestraron a la democracia y la tienen prisionera en un sótano de Tlaxcoaque, creo que vamos mal. Tlaxcoaque ya no existe, medirá. Bueno, pues la democracia nunca ha existido entre nosotros. No confundamos, además, democracia con elecciones limpias (que sólo hemos tenido unas). Claro que la democracia exige comicios transparentes, por fuerza pasa por allí, pero comienza desde antes y va mucho más adelante. La democracia me parece, es una disposición espiritual, una elegante dignidad de la inteligencia y una manera de ser, de vivir, de amar y hasta de morir. No nos podemos quejar de Gonzalo N. Santos, Fidel Velázquez, Rubén Figueroa (misterios dolorosos) si en nuestra casa no aceptamos las discrepancias, a veces tan razonables, de nuestra esposa de nuestros padres, de nuestros hijos. Ser de-

mócrata implica reimplantar el yo en su justa dimensión y permitir que ese yo encuentre su límite y su beneficio en el cotejo tolerante, respetuoso y bien dispuesto con los otros. Ser demócrata es aceptar que nadie tiene la razón absoluta, pero que todos, absolutamente todos, tenemos razones que, si encuentran cauces para confluir, le irán dando a los individuos y a la sociedad una buena razón para sortear el afán decada día. Si cada yo se vuelve respetable y encuentra modo de manifestarse, veremos como poco a poco, desde la aparente algarabía de tantas voces, se va cifrando, nítida y real una sola palabra: México.

¡Nos vamos a Acapulco!

Dice un padre mexicano y subraya su arrebatada decisión con un manazo en la mesa. Tiemblan platos, cortinas y familia. Es su decisión y no le ha consultado a nadie, o si lo ha hecho es por puro trámite (privilegios del autoritarismo antidemocrático). Si las cosas van mal y los asaltan en Tres Marías y se intoxican en Puerto Marqués, él tendrá que cargar con toda la responsabilidad (el horror, la inmensa soledad del autoritarismo). Mientras en México, en los hogares, en las comunidades, en las empresas, en los partidos, las decisiones se sigan tomando con este patrón (nunca mejor usada la palabra) no es extraño que sigamos padeciendo zedillazos que no son más que el equivalente, en proporción nacional, del ¡nos vamos a Acapulco! En cambio si, como al parecer va siendo deseo general, abrimos nuestra mente a la confluencia con el otro, les aseguro que ya no toleraremos a estos tristes Tlatoanis todo poderosos. La ruta es muy clara: va del yo, al tú, al él, a ella y desemboca como ancho río en el nosotros. ¿A poco no suena suave? Dilo despacito: Nosotros.

El íntimo decoro

La democracia, en tanto que es el más civilizado modo de hallar compañía, es una felicidad. Es contar con los demás y que los demás cuenten (y canten) con uno. Sería hermoso que con ese ánimo llegemos al 21 de agosto. Fundemos la democracia. Es una tarea emocionante, larga y difícil. Razón de más para emprenderla ya. Te aseguro, lector amigo que si te detienes a escuchar al otro y beneficiarte de su opinión sentirás que tu espíritu se llena de íntimo decoro. Eso está bien.